

EN LA PUERTA DE LA IGLESIA

POR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI



En la puerta de la Iglesia

POR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

No me propongo hacer hora para asistir a una ceremonia religiosa, ni mirar, como los galanes de Lope de Vega o de Calderón, a las damas que entran en la casa de Dios o salen de ella, sino simplemente tener oportunidad de discurrir sobre algunos vocablos más o menos conexos con las cosas sagradas.

*
* *

El nombre del progenitor del linaje humano resuena a menudo en las lecturas devotas, pláticas i sermones, sin que haya fijeza en su pronunciación.

¿Debe decirse *Adam* o *Adán*?

Los dos traductores de la *Biblia*, el padre Felipe Scío de San Miguel i el obispo don Félix Torres Amat escriben *Adam* en sus respectivas versiones.

«Formado, pues, que hubo de la tierra el señor Dios todos los animales terrestres i todas las aves del cielo, los trajo a *Adam* para que viese cómo los había de llamar; i en efecto, todos los nombres puestos por *Adam* a los animales vivientes, esos son sus nombres propios». (Jénesis, capítulo II, versículo 19, traducción de Amat).

«I llamó *Adam* por sus nombres a todos los animales i a todas las aves del cielo, i a todas las bestias de la tierra; mas no se hallaba para *Adam* ayuda (compañero) semejante a él». (Jénesis, capítulo II, versículo 20, traducción de Scío).

Diré, entre paréntesis, que el pasaje del *Jénesis*, que acabo de copiar, ha sido varias veces citado para manifestar que, según la *Biblia*, el Creador dejó a la incumbencia del hombre la formación del lenguaje.

Frai Luis de Granada i Frai Luis de León usaban la misma ortografía que Scío i Amat.

Entre los escritores contemporáneos, no faltan algunos que hayan persistido en escribir *Adam*, como puede verse en el siguiente pasaje tomado de los *Estudios Críticos* de don Juan Valera:

«Al morir Cristo, murió con él el viejo *Adam* i nació un *Adam* nuevo, lo cual ha de entenderse en sentido místico, como San Pablo lo entendía». (Tomo I, página 59, edición Madrid, 1864).

Existen, sin embargo, varones no menos ilustres que han puesto *n*, en lugar de *m*, en el nombre de que se trata.

«Los descendientes de *Adán*, nuestro primero padre se esparcieron i derramaron por toda la redondez de la tierra». (Mariana, HISTORIA JENERAL DE ESPAÑA, Madrid, 1794, Tomo I, página 1).

Frai Diego de Estella dice:

«Vistió Dios a *Adán* de pellejas de brutos animales después del pecado, por mostrar haber descendido a tal estado, por la culpa». (DE LA VANIDAD DEL MUNDO, capítulo VII).

El maestro Alejo Venegas escribe:

«La muerte fué introducida en el mundo por el pecado de *Adán*. (AGONÍA DEL TRÁNSITO DE LA MUERTE, capítulo I).

En el maestro Juan de Ávila se lee:

«Ni dejara Dios de ser Dios solitario, por muchas creaturas que le acompañaran, pues de ellas a él hai distancia infinita; así como tampoco dejara de ser *Adán* solitario, por muchas bestias i otras creaturas que en el mundo había, aunque las tuviera mui cercanas a sí». (TRATADO DEL SALMO AUDI, FILIA, ET VIDE, capítulo 39).

Las últimas tres citas las he sacado del TESORO DE ESCRITORES MÍSTICOS ESPAÑOLES, publicado por don Eujenio de Ochoa.

Los literatos modernos, con mui pocas escepciones escriben *Adán*:

«Los primeros hijos de *Adán* i Eva de que nos habla el sagrado texto, nos presentan tristemente la continuación de la escena que comenzó a la sombra del árbol de la ciencia del bien i del mal». Balmes, ESTUDIOS HISTÓRICOS FUNDADOS EN LA RELIJIÓN, párrafo I).

«Set, hijo de *Adán* (dice con sublime sencillez la Sagrada Escritura) fué enjendrado a semejanza de *Adán*; *Adán*, hijo de Dios, fué criado a semejanza de Dios». (Miguel Mir, ARMONÍA ENTRE LA CIENCIA I LA FE, capítulo XVI).

«¡Oh, cuánto padece de afanes cercada,
merced al engaño de fiero enemigo,
en largo castigo la prole de *Adán!*»

(Moratín, LOS PADRES DEL LIMBO).

«Basta saber que nuestro héroe existe
.....
i que *Adán* en la cárcel le pusieron
cuando desnudo como *Adán* le vieron.»

(Espronceda, EL DIABLO MUNDO, canto IV).

«España es un paraíso sin serpientes i hasta sin
Adanes». (Eugenio Sellés, LA VIDA PÚBLICA, prólogo
página XXIII).

«Para lucir las miserias
que guarda el mundo en su afán,
quiso nuestro padre *Adán*
que hubiera en el mundo ferias.»

(DOCE REALES DE PROSA I ALGUNOS VERSOS GRATIS, Manuel del Palacio, Madrid, 1864, página 377).

«Si *Adán*, recién salido de entre las manos de Dios,
pecó por Eva... ¿Qué mucho que él pecara, menos
perfecto, envilecido por la rastra de los siglos en el
mundo? Más valía que Dios no les hubiese puesto a
Eva i a *Adán*... cuando les hizo falta para caer en el
pecado». (Felipe Trigo, LAS EVAS DEL PARAÍSO, pá-
gina 186).

La Academia Española ha fallado en favor de esta
segunda opinión, como se colije de los artículos si-
guientes, que copio del DICCIONARIO:

«ADAMITA. Dícese de ciertos herejes que celebraban

sus congregaciones desnudos, a semejanza de *Adán* en el Paraíso; i, entre otros errores, tenían por lícita la poligamia.»

«ADÁN. (Por alusión a la desnudez del primer hombre). m. fig. i fam. Hombre desaliñado, sucio i harapososo. 2. Fig. i fam. Hombre apático i descuidado.»

«PARAÍSO. Lugar amenísimo en donde Dios puso a nuestro primer padre *Adán* luego que lo crió.»

«PECADO ORIJINAL. Aquél en que es concebido el hombre por descender de *Adán*.»

En los demás diccionarios modernos, como los de Monlau, Roque Barcia, Zerolo i otros, se ha preferido siempre la forma *Adán*.

En el DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO AMERICANO, se registran las voces *Adám* i *Adán*, i para comprobar el uso de esta última, se citan los siguientes versos de Bretón de los Herreros:

«Aquí se nos ha encajado
sin anunciarnos su arribo
hecho un *Adán*.»

*
* *

La misma diverjencia existe respecto al vocablo *Abraham* o *Abrahán*.

Por lo jeneral, los que escriben *Adán*, escriben también *Abraham*.

Gonzalo de Berceo dice *Abrahán* en la composición titulada DEL SACRIFICIO DE LA MISA:

«En el otro capítulo, el preste ordenado
ruega al Criador buen rei apoderado
dest sacrificio que sea tan pagado,
como con el que hizo Abel el buen mallado.

«Ruégalo quel plega tanto con esta oblata, como la quel ovo sant Melchisedech dada o como ovo la quel ovo *Abrahán* presentada quando quiere al filo matar con la espada.

.....
E con Melchisedech fué del tiempo primero quando *Abrahán* era padre mui verdadero.»

Calderón escribe *Abraham*; pero Lope de Vega pone *Abrahán*.

Don Juan Eujenio Hartzenbusch dice en su drama EL MAL APÓSTOL I EL BUEN LADRÓN, acto V, escena onceava:

«¡Sí, Jesús es Dios!
¡Sí, Jesús es Dios! Lo están
cielos i tierra diciendo.
Muerto, os lo anuncio, saliendo
yo del seno de *Abrahán*.»

Igual cosa hace el jesuíta Pedro de Ribadeneira en su VIDA DE CRISTO, NUESTRO SEÑOR:

«Llegado (Jesús) a aquel sagrado lugar, en el cual muchos santos doctores dicen que *Abrahán* quiso sacrificar a su hijo Isaac, i en que fué sepultado nuestro primer padre *Adán*, después de haberle dado a beber vino mezclado con hiel, i habiéndole gustado, no queriéndole beber, desnudaron al segundo *Adán*, i espiritual padre nuestro, de sus vestiduras, hasta la túnica interior, para que fuese más vergonzosa su muerte.»

Don Alberto Lista prefiere la terminación en *m*, como puede observarse en la siguiente estrofa, que tomo del CÁNTICO DE ZACARÍAS:

«*Abram* nuestro padre oyó su promesa;
juró el Dios inmenso, altísimo i fiel
bajar a sus hijos, i manso i benigno
del crimen antiguo la víctima ser».

(POESÍAS, tomo I, página 43, Madrid, 1837).

Don Pedro Felipe Monlau, en su Diccionario Etimológico, escribe *Abrahán*.

Otro tanto hace don Juan Valera, en su novela LA CORDOBESA, publicada en Madrid en 1877 en el mismo volumen en que apareció EL COMENDADOR MENDOZA, según puede verse en el siguiente trozo:

«¿Habría paso de *Abraham*, Descendimiento, judíos i romanos, apóstoles i profetas, encolchados, ensabanados i jumeones, hermanos de cruz i demás figuras que salen por las calles en la Semana Santa?» (Página 278).

En el Tomo I de sus INSTITUCIONES JURÍDICAS DEL PUEBLO DE ISRAEL, don Francisco Fernández i González escribe *Abraham*, a la página 100 i *Abrahamistas*, a la página 34.

Don Ramón de Campoamor dice *Abrahán* en el DRAMA UNIVERSAL, jornada VIII, escena 44:

«Miran al Cristo, de indulgencia lleno,
los padres que, esperando su venida,
de *Abrahán* aguardaban en el seno,
ya borrados del libro de la vida.

Algunos estiman que la Academia Española ha dejado la cuestión sin resolver, pues entre las acepciones de la palabra *infierno*, dice en el DICCIONARIO:

«Limbo o seno de *Abrahán*, donde estaban detenidas las almas de los justos esperando la redención.»

I después en la palabra *seno* agrega:

«Seno de *Abrahán*. Lugar en que estaban detenidas las almas de los fieles que habían pasado de esta vida en la fe i con la esperanza del redentor.»

¿El uso de la *m* final será en este caso una errata que no se ha correjido, a pesar de haberse mantenido en diversas ediciones?

¿O acaso la ilustre corporación piensa que el nombre mencionado puede escribirse indiferentemente, como *harén*, con *m* o con *n*?

Me inclino a creer que *Abraham* escrito con *m* sea una errata, pues en el artículo destinado a *padre* vuelve a aparecer *Abrahán* con *n*.

Corrobora esta opinión el hecho de que en la última edición de 1914, ha empezado a figurar en artículo especial la voz *Abrahán* escrita con *n*.

*
* *

La ciudad de Jerusalén aparecerá en la historia de la humanidad hasta la consumación de los siglos por haber sido el teatro sangriento de la pasión dolorosa de Cristo.

Su nombre termina en *n*, i así lo escribe don José González Carvajal en su versión de LOS LIBROS POÉTICOS DE LA BIBLIA:

«No olvidará *Jerusalén* el día
de su aflicción, ni el merecido estrago
De cuanto bien precioso poseía.»

(LOS TRENOS DE JEREMÍAS, capítulo I).

Así mismo lo escribe don José Joaquín de Mora en

la traducción de las novelas de Walter Scott, tituladas EL TALISMÁN e IVANHOE.

Otro tanto hace don Eujenio de Ochoa en las traducciones del VIAJE A ORIENTE de Lamartine i de la HISTORIA DE JERUSALÉN de Poujoulat.

Lope de Vega ha compuesto una epopeya que ha bautizado con el nombre de LA JERUSALÉN CONQUISTADA.

Don Juan Valera, en su novela intitulada MORSAMOR, dice:

«Arrojaron del templo de *Jerusalén*, para que no lo profanase, al impío Heliodoro.» (Página 103, 1899).

El DICCIONARIO de la Academia sanciona esta ortografía, según aparece de los artículos HIEROSOLIMITANO, JEROSOLIMITANO, SANTA, SANTASANTORUM i otro).

No obstante, don Juan de la Pezuela ha escrito con *m* la palabra consabida, en su traducción del famoso poema de Torcuato Tasso; pero me parece que esa afectación de arcaísmo no tendrá imitadores.

Calderón escribía *Jerusalén* en su conocido drama EL MAYOR MONSTRUO: LOS CELOS.

Don Pedro Felipe Monlau, en su DICCIONARIO ETIMOLÓGICO, afirma que en castellano debe decirse *Jerusalén*, ciudad que en su orijen fué denominada *Salem* por el sacerdote Melquisedec.

Es evidente que en nuestro idioma *Salén*, como nombre de *Jerusalén*, debe escribirse también con *n*.

«Salve, sagrada *Salén*.» (Calderón, LA EXALTAÇÃO DE LA CRUZ, acto III, escena 22).

«Con eternas flores,
cojidas de *Salén* en los jardines,
ciñéndose la sien, dignos loores
te cantan los ardientes querubines.»

(Zorrilla, HOSANNA).

Don Alberto Lista, en el tomo I de sus POESÍAS, escribe a la página 43:

«Candor i justicia la plebe coronen;
que el Dios de sus padres descende a *Salén*.»

Don Francisco Martínez Marina, individuo de la Academia Española, escribe Adán, Abrahán, Jerusalén, con *n* en su HISTORIA DE LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

* * *

Los idiomas, como la naturaleza, tienen sus evoluciones lentas, pero persistentes.

Una de las tendencias de nuestra lengua es la aversión a la *m* final, i para comprobarlo basta observar que el acusativo latino pierde ordinariamente esta consonante al pasar al castellano.

La *m* final se conserva sólo en dicciones que retienen íntegra la forma latina: *álbum*, *memorándum*, *ítem*, *ultimátum*.

El idioma no las ha dijoerido todavía.

En el cuadro II, escena I de la zarzuela histórica intitulada EL DELFÍN, compuesta en colaboración por don Eduardo Marquina i don José Salmerón, e impresa en Madrid, 1907, se hace hablar de este modo a uno de los personajes:

Bancardel:

«Descorazonado, rendido, perdido en este *mare-magnun* de una corte esquiva, venir un día a pedirme trabajo a cambio de comida.»

Aunque el DICCIONARIO consigna la espresión *mare-mágnun* como latina, estimo que habría ventaja en aceptar la castellanización patrocinada por los señores Marquina i Salmerón.

En lugar de los sustantivos *máximum* i *mínimum*, tomados del latín, don Andrés Bello empleaba *máximo* i *mínimo*, como puede verse en nuestro *Código Civil*, compuesto hace setenta años.

La Academia sólo ha venido a autorizar esta manera de espresarse en la décimotercia edición de su DICCIONARIO publicada en 1899.

Desde la duodécima edición del léxico oficial se permitió que en vez de *contraproducentem* se dijera *contraproducente*.

Bretón de los Herreros escribe *ultimato* en su comedia FLAQUEZAS MINISTERIALES, acto III, escena 2:

Violante:

«De eso, no me cuido yo;
más ya dije mi *ultimato*.»

Hasta ahora el DICCIONARIO no ha prohijado la forma empleada por Bretón.

La GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA por la Academia Española consigna que *tárgum* hace el plural *tárgumes*.

Esta voz, es caldea, i, aunque figuraba en la Gramática de la Academia desde tiempo atrás, sólo ha venido a tener cabida en la décimotercia edición del DICCIONARIO, que le da la acepción de «libro de los

judíos que contiene las glosas i paráfrasis caldeas de la Escritura» (1).

Es claro que la inclinación a que me refiero no puede manifestarse en vocablos que, como el que acabo de citar, no llegan a la boca del vulgo i, por tanto, no pueden ser estropeados por éste.

Igual cosa sucede con algunos apellidos extranjeros, como *Bentham*, *Sheridam*.

En los nombres bíblicos que en su origen llevan *m* en su terminación, esta consonante va cediendo su puesto a la *n*, como se ve en *Matusalén*, *Efraín*, *Belén*, etc., etc.

La propensión indicada ha hecho, como se ha visto, que *Adán*, *Abrahán*, *Jerusalén*, etc., se escriban con *n*.

En su libro intitulado UNA DOCENA DE CUENTOS, impreso en Madrid en 1878, don Narciso Campillo se espresa de este modo a la página 38:

«Si relatara cuantos milagros la constancia hizo i recuerdan las historias, ya podría ir preparando algunas tinajas de tinta, el papel correspondiente i luengos años de vida, que siempre serán breves i pocos, aún cuando a los del propio *Matusalén* aventajasen.»

El erudito don Francisco Martínez Marina dice en la HISTORIA citada, tomo I, capítulo 11:

«El evangelio hace mención de los llantos i jemidos de Raquel por la desgraciada muerte de sus hijos de las tribus de *Efraín* i Manasés llevados cautivos.»

(1) La acentuación de este vocablo parece que debiera de ser grave puesto que la Academia en su *Gramática* (pág. 11, edición de 1917) reconoce que el plural es *tárgum s.* con acento en la primera sílaba.

^Sin embargo, ni la *Gramática* ni el *Diccionario* académicos pintan el acento al singular *targum*, como lo hacen con las voces *álbum* i *ultimátum*.

Sin embargo, en el capítulo 28 del mismo tomo, escribe *Efracim*.

Pero en el tomo III, capítulo 21, vuelve a escribir esta palabra con *n*:

«El (Jesucristo) destruirá la carroza de *Efracín* y los caballos de Jerusalén.»

El maestro Gonzalo Correas, en su ARTE GRANDE DE LA LENGUA CASTELLANA, reimpresso en Madrid en 1903, escribe *Efracín*, a la página 151.

Don Ventura de la Vega dice en una composición dirigida al Marqués de Molins:

«..... Luz desusada
brota en *Belén*, i el universo llena.»

Don Benito Pérez Galdós escribe, sin embargo, *Bethlem* en su obra rotulada LA CASA DE SHAKESPEARE, a la página 45 de la edición de Barcelona.

Otro tanto hace don Francisco Martínez Marina en su ya citada obra.

Los siguientes versos están tomados de la página 164 de los ENSAYOS POÉTICOS de don Salvador Bermúdez de Castro:

«Recorriera la tierra sagrada
de Bethlem, de Salem, de Canán,
i bañara mi frente abrasada
en las aguas del santo Jordán.»

Con todo, nadie podrá negar que el uso moderno ha reemplazado en este caso la *m* por la *n*, como puede verse en los siguientes cantos populares españoles dados a la estampa por don Francisco Rodríguez Marín:

«Bendita sea la luz del día
i el Señor que me la envía
desde el portal de *Belén*.
Bendito, amén.»

«Yo me levanto, que ya es de día,
con los gozos de la Virgen María.

María, María,
depararme buena compañía,
como se la deparastes
al arcánjel san Gabriel
desde la casa de *Belén*
hasta la casa de *Jerusalén*.»

Aunque Frai Luis de Granada escribe *Bethlem* en sus MEDITACIONES, don Miguel Mir, al transcribirlas en su devocionario, dice *Belén*, en conformidad al uso corriente.

Este mismo escritor en su obra intitulada AL PIE DEL ALTAR, inserta varias composiciones en verso de reputados poetas. De ellas entresaco los siguientes pasajes:

«Nacido ha en *Belén*
el que es nuestro bien.»

(JUAN ALVAREZ GATO).

«El portal de *Belén* a Dios cubría.»

(LUIS DE RIBERA).

«Id, pastores, al Niño que ha nascido,
ved al que cielo señorea.
A priesa vienen i a *Betlén* llegados.»

(DIEGO RAMÍREZ PAGÁN).

El DICCIONARIO ACADÉMICO, respetando esta innovación, ha dado cabida en sus columnas al siguiente artículo:

«BELÉN, m. fig. NACIMIENTO, 7.^a acep. 2. fig. y fam. Sitio en que hai mucha confusión. 3. fig. i fam. La misma confusión. ESTAR O ESTAR BAILANDO UNO EN BELÉN. fr. fig. i fam. Estar embobado, en Babia.»

En el artículo destinado a nacimiento vuelve a emplear la palabra *Belén*.

Conocido es también el vocablo *Islam* tomado del árabe, que muchos escriben con *m* por respeto a los derivados *islámico*, *islamismo*, *islamita*, i tal vez por existir también el sustantivo *islán*, que denota «una especie de velo guarnecido de encajes, con que antiguamente las mujeres adornaban la cabeza».

No obstante, no faltan escritores que, siguiendo la tendencia moderna, han preferido escribir *islán*, en lugar de *islam*.

Don Serafín Estébanez Calderón, en el volumen intitolado NOVELAS, CUENTOS I ARTÍCULOS, impreso en Madrid, 1893, dice a la página 130:

«Las sultanas salieron a solazarse con las esclavas por los espaciosos i májicos jardines trasunto del imperio de Flora i compendio aventajado del Paraíso, por quien tanto suspiran los creyentes en el *Islán*.»

En su ECOS ARGENTINOS don Juan Valera se expresa de este modo:

«Cuando en defensa de la fe i de la patria, surjieron en el Norte de España caudillos i huestes, que combatían contra el *Islán*». (Página 160, Madrid, 1901).

El mismo autor, en su novela MORSAMOR, Madrid, 1899, escribe *Islán* en las páginas 152 i 213; pero en la página 247, se lee *Islam*.

Puede que los adjetivos *semita*, *semítico*, hayan sido un obstáculo para escribir *Sen*; pero *Adamita* no ha sido inconveniente para que la Academia prefiera *Adán*.

Nótese que los derivados *Canaán* i *Cananeo* no han convservado la *m* del primitivo *Cham* o *Cam*, como se denomina ordinariamente a otro de los hijos de Noé, según puede verse en el tomo I, página 1 de la HISTORIA JENERAL DE ESPAÑA del padre Mariana i en la novela rotulada ESPAÑA SIN REI, página 25, de don Benito Pérez Galdós.

La tendencia sobre que voi discurriendo se manifiesta de relieve en las palabras *harem* o *haren*, ambas admitidas por el DICCIONARIO; respecto de las cuales se percibe fácilmente que la segunda va prevaleciendo sobre la primera.

Don José Zorrilla escribe en una de sus orientales:

Tienes torres, dijo el moro,
perlas i oro,
i guirnaldas en la sien;
díme, hermosa a tu ventura
i hermosura
lo que falta en el *harén*.

Don Salvador Bermúdez de Castro, en su composición intitulada EL HARÉN, trae estos versos:

Tú no sabes
¡ai! tu suerte;
es la muerte
si te ven:
que estas rejas
nunca abiertas
son las puertas
del *harén*.

ENSAYOS POÉTICOS, (página 93).

En la novela MORSAMOR, de don Juan Valera, se encuentra el siguiente pasaje a la página 240:

«Luego penetraron en el *harén* dispuestos a destruirlo todo i a dar muerte a las mujeres para que no fuesen profanadas i ultrajadas por el vulgo.»

En cuanto al plural de esta voz, puedo asegurar que sólo he visto *harenes* i nunca *haremes*, según puede verse en las citas que reproduzco en seguida:

«Los *harenes* forman un ala un poco separada por jardines o patios de la habitación de los hombres; todos están enrejados.»

«Allí he solido ver muchas mujeres turcas de los *harenes* destapadas». (Ochoa, VIAJE A ORIENTE, Traducción, Tomo III, página 303).

«Sus joyas i aderezos eran encanto de los *harenes*». (Enrique R. de Saavedra, de Duque de Rivas, LA LEYENDA DE IXEM II, página IX).

«En los grandes *harenes* existen verdaderas escuelas para dar a las nuevas esposas una educación uniforme». (Gómez Carrillo, LA SONRISA DE LA ESFINJE, Madrid, 1913, página 141).

Contrariando la pronunciación corriente, la *m*, i no la *n*, se escribe siempre al final de una sílaba, cuando la siguiente principia por *b* o *p*, como *ambición*, *amparo*, *imbuír*, *componer*. A veces también *m* antes de *n*, como en *himno*, *alumno*.

La preposición latina *circum* se convierte en *circun* al pasar al castellano, como se ve en *circundar*, *circunferencia*, *vircurrnavegación*, etc., escepto si sigue *p*, como en *circumpolar*.

El adverbio *circumcirca* (al rededor de, sobre poco más o menos) es una espresión latina que se ha tras-

ladado al castellano sin alteración alguna i que sólo se usa en lenguaje familiar, según la Academia.

El sustantivo *coranvobis*, que denota el aspecto de la persona gruesa i corpulenta que afecta gravedad, figuraba antes en el DICCIONARIO escrito con *m*, en conformidad a su orijen, i sólo desde la décimotercia edición del léxico académico aparece escrito con *n*; lo que revela, una vez más, que la etimología no es un impedimento insuperable para que la ortografía se modifique cuando el uso razonado i conveniente así lo quiere.

La derrota de la *m* final viene desde mui antiguo, como lo acreditan los vocablos *con*, *tan*, *cuan*, *quien*, *alguien*, etc., que primitivamente fueron en latín *cum*, *tam*, *quam*, *quem*, *aliquem*, etc.

El eminente filólogo don José Alemany i Bolufer, en su ESTUDIO ELEMENTAL DE GRAMÁTICA HISTÓRICA DE LA LENGUA CASTELLANA, impreso en Madrid en 1919, hablando de las consonantes nasales *m* i *n*, dice a la página 43:

«El castellano no consiente en fin de palabra más que la *n*; *in* en *pane*, *pan*, *amant*, *aman*.»

Obedeciendo a esta misma propensión se dice i se escribe *tranvía* i *ron*, sin parar mientes en que estas voces vienen de las inglesas *Tram-way* i *rum*.

Don Vicente Blasco Ibáñez, sin embargo, en su novela ARROZ I TARTANA, impresa en Valencia, 1894, trae a la página 123 el siguiente pasaje:

«Rafael i Juanito que se encargasen del *Rom de la Negrita*, del *Cognac Martel* i de *Kumel*, bebidas infernales propias para paladares jóvenes.»

Los diccionarios castellanos que he consultado, incluso el de la Academia, traen únicamente *ron*.

Escusado me parece añadir que en vez del francés *cognac* en nuestra lengua se escribe *coñac*.

Antes de pasar a otro punto, se me perdonará que recuerde todavía otra *m* derrotada por la *n* al fin de dicción.

Sabido es que el autor de LAS MOCEDADES DEL CID, se firmaba *Guillem de Castro*, i así lo denomina don Ramón de Mesonero Romanos en el tomo 43 de la BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES DE RIVADENEIRA.

Sin embargo, en el índice jeneral de esta obra se lee *Guillén*.

Esta misma ortografía es la preferida por Clemen-
cín, Martínez de la Rosa, Hartzembusch, Lista, Jil y
Zárate, Gayangos, etc., etc.

En el CATÁLOGO DE LOS ESCRITORES QUE PUEDEN
SERVIR DE AUTORIDAD EN EL USO DE LOS VOCABLOS
I DE LAS FRASES DE LA LENGUA CASTELLANA, publicado
por la Real Academia Española, en Madrid, 1874, se
dice asimismo *Guillén*.

Es mui frecuente en Chile, nó entre los eclesiásti-
cos, sino entre los seculares, decir *arcedeán* en vez de
arcediano.

Es un error.

Véase lo que consigna el DICCIONARIO a este res-
pecto:

«*Arcediano*. En lo antiguo, el primero o principal
de los diáconos. Hoy es dignidad en las iglesias cate-
drales.»

«*Dean*. El que hace de cabeza del cabildo después del prelado, i preside aquél en las iglesias catedrales.»

La equivocación de las personas que dicen *arcedeán* nace de suponer que esta palabra es compuesta de *dean*, lo cual no es exacto.

Arcediano proviene de *archidiácono*, que significa lo mismo que *arcediano*.

Deán procede de decano, el más antiguo de una comunidad, cuerpo o junta.

Don Antonio Jil de Zárate, en su importante obra DE LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA EN ESPAÑA, Tomo II, sección 4.^a, capítulo I, se espresa de esta manera:

«Al frente de cada facultad, habrá un *decano* o *deán*, como en algunos estatutos se le llama, que era, según lo indica el nombre, el más antiguo de la corporación.»

Don Justo Donoso enseña en sus INSTITUCIONES DE DERECHO CANÓNICO AMERICANO, Libro II, capítulo 8, que en todos los cabildos de las iglesias catedrales de América «aparecen uniformemente instituídas las cinco dignidades siguientes: 1.^a el *deán*; 2.^a el *arcediano*; 3.^a el *chantre*; 4.^a el *maestrescuela*; i 5.^a el *tesorero*.»

Víctor Hugo ha entallado en la piedra de NUESTRA SEÑORA DE PARÍS el nombre del *arcediano* Claudio Frollo.

Nadie ignora que las expresiones *grande hombre* i *hombre grande* denotan ideas muy diversas; de modo que la sola colocación del adjetivo *grande* hace cambiar el sentido de la frase.

Otro tanto ocurre en las locuciones *padre santo* i *santo padre*; pues, la Academia enseña que la primera

designa por antonomasia al Sumo Pontífice, al paso que la segunda sirve para denotar a cada uno de los primeros doctores de la Iglesia griega i latina, que escribieron sobre los misterios i sobre la doctrina de la relijión; como San Crisóstomo, San Agustín, San Gregorio, etc.

Según esto, resulta que cuando se habla del Papa no debe decirse *Santo Padre* sino *Padre Santo*.

Desde el tiempo de Alfonso el Sabio, ya LAS PARTIDAS daban al Papa el nombre de *Padre Santo*, como puede verse en el capítulo V de la Partida I, que dice:

«Ha de ser honrado, i amado de tres modos: de voluntad, creyendo que es cabeza del Cristianismo, i mostrador de la Fe de Jesu-Cristo; de palabra, honrándole i llamándole *Padre Santo*, i Señor; i de hecho, besándole todos el pie, cuando le vieren, i honrándole en todo más que otro hombre.»

Esta enseñanza está de acuerdo con el siguiente pasaje que tomo de LA VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS, escrita por ella misma:

«El día de Santa Clara, yendo a comulgar se me apareció con mucha hermosura, i díjome, que me esforzase i fuese adelante en lo comenzado, que ella me ayudaría. Yo la tomé gran devoción, i ha salido tan verdad, que un monasterio de monjas de su Orden, que está cerca deste, nos ayuda a sustentar; y lo que ha sido más, que poco a poco trajo este deseo mío a tanta perfección, que en la pobreza de la bienaventurada santa tenía en su casa, se tiene en esta, i vivimos de limosna; que no me ha costado poco trabajo que sea con toda firmeza, i autoridad del *Padre Santo* que no se puede hacer otra cosa, ni jamás haya renta». (Capítulo XXXIII, página 473, Madrid, 1851).

Guardan también perfecta armonía con el *Diccionario* académico los siguientes pasajes del AÑO CRISTIANO de Croisset, traducido por el padre Isla, quien a la página 165 del tomo correspondiente al mes de Agosto, pone en boca de San Lorenzo i como dirigidos al Papa San Sisto, las palabras que copio a continuación:

«¿Qué es esto, *padre santo*? ¿Cómo vas a ofrecer el sacrificio, sin que te haga compañía tu diácono, el cual nunca se separa de tu lado cuando te llegas al altar?»

En el mismo volumen i a la página 171, se lee:

«Apenas hai *santo padre* que no haya hecho magníficos elojios de San Lorenzo.»

En este mismo sentido emplea la espresión *santo padre* Frai Luis de Granada, refiriéndose de este modo a San Juan Crisóstomo:

«Pero si alguno desea ver ejemplos mui propios i elegantes de esta amplificación, lea los libros segundo i tercero de la Providencia del mismo *Santo Padre* en los cuales para consolar a un monje estajirita, energúmeno, exajera con una divina copia i facundia los trabajos i desastres de los santos patriarcas Noé, Abraham, Jacob, Moisés i David, espuestas i amplificadas todas las circunstancias de personas i cosas» (BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES de Rivadeneira, tomo II, página 535).

Están igualmente en consonancia con lo enseñado por la Academia los siguientes ejemplos:

«El principal obstáculo a la por muchos suspirada unión de ambas iglesias es la suprema autoridad del *Padre Santo*, negada por los orientales, que sólo le conceden una precedencia honorífica sobre los cuatro

patriarcas de Constantinopla, Antioquía, Alejandría i Jerusalem». (Valera, CORRESPONDENCIA, tomo II, página 88).

«El otro, aquel bellaco que estaba ahí en esa mesa donde tú estás ahora, solía decir cuando yo podía oírle: «¿El Papa, gran persona?» I después se iba por ahí delante, poniendo al *Padre Santo* peor que por los suelos». (Eça de Queiroz, LA RELIQUIA, traducción de don Ramón del Valle Inclán, página 220, Madrid, 1908)

En Chile, es más corriente llamar al Papa *santo padre*, en vez de *Padre Santo*.

Recuerdo haber leído comunicaciones dirigidas al Nuncio por el Arzobispado Chileno, en que se designaba al Papa, con la locución *Santo Padre*.

En muchos casos se le nombra también con el calificativo de *Santísimo Padre*, como puede verse en las siguientes citas:

«Verdad es que en virtud de un convenio celebrado por la Santa Sede, con los reyes católicos, nuestro *Santísimo Padre Alejandro VI*, por su constitución que comienza EXIMIAE, espedita el 15 de Noviembre de 1501, consintió en que los soberanos de España, percibiesen el producto de los diezmos de América.» (Rafael Valentín Valdivieso, Edicto Pastoral de 1.º de diciembre de 1854).

«7.º Nuestro Santísimo Padre León XIII ha querido, por su parte, contribuir de un modo especial a nuestra obra, abriendo los tesoros de riquezas espirituales». (Mariano Casanova, Edicto de 9 de julio de 1895).

A pesar de lo espuesto, el DICCIONARIO DE DERECHO CANÓNICO impreso en París, 1853, en el artículo destinado a *Papa* se espresa en estos términos:

«No siempre el nombre de *papa* se ha dado privativamente a los sucesores de San Pedro; está probado que también se daba antiguamente a todos los obispos. Según el padre Tomasino, este título i los de Santidad, *Santo Padre* i Cátedra apostólica no se dieron al pontífice romano hasta principios del siglo X.»

EL DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO AMERICANO hace suyas las mismas palabras precedentes al hablar del vocablo *Papa*.

La espresión *padre santo* puede apoyarse también en las propias palabras dirigidas al Papa elejido en el acta de la coronación, en que el maestro de ceremonias le habla de esta manera: «Pater sancte, sic transit gloria mundi. . . .»

Volviendo ahora a la espresión *santo padre*, estimo que la Academia al definirla ha sido demasiado restrictiva, pues no sólo se aplica a cada uno de los primeros doctores de la iglesia griega i latina, que escribieron sobre los misterios i sobre la doctrina de la religión, sino que puede referirse también a otros virtuosos i beneméritos varones que no se encuentran en el caso indicado.

Comentando Frai Luis de Granada el artículo de la fe en que se dice que Jesucristo descendió a los infiernos i sacó las ánimas de los *santos padres* que estaban esperando su santo advenimiento, agrega que «por este artículo se nos manda creer que al punto que Jesucristo espiró en la cruz, luego su sacratísima ánima bajó a aquel lugar del infierno, llamado el limbo de los *santos padres*, adonde estaban detenidas las ánimas de todos los fieles que habían muerto i pasado de esta vida en la fe i esperanza de este Redentor». (BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES DE RIVADENEIRA, tomo II, página 73).

Es evidente que los *santos padres* de que aquí se trata, no están incluidos en la definición que de esta frase trae el DICCIONARIO.

Finalmente, diré de paso, a propósito de este mismo artículo *padre*, que la Academia ha creído necesario definir la locución *padres apostólicos* i no se ve por qué no ha hecho igual cosa con las espresiones *padres apolojéticos* i *padres dogmáticos*, que merecen el mismo honor.

Se recordará que entre los ejemplos con que he procurado acreditar el tratamiento de *padre santo* que se da al Papa, he transcrito un pasaje en que Santa Teresa de Jesús refiere habersele aparecido Santa *Clara*, fundadora del Monasterio que lleva este nombre.

Esto me ha movido a pensar en el nombre que debe darse a las monjas que pertenecen a esta comunidad.

Basta hojear el FLOS SANCTORUM o el AÑO CRISTIANO, para ver que hai dos santas que llevan el nombre de *Clara*: una de Asís i otra de Monte Falcone.

La primera es la más famosa por haber sido la hija espiritual i predilecta de San Francisco i por haber instituído la Orden de Santa Clara.

Las religiosas sometidas a su regla se denominan *clarisas*.

Así lo enseña el diccionario publicado por la Academia.

El 27 de marzo de 1558, don García Hurtado de Mendoza fundó en la parte austral de Chile la ciudad de Osorno que fué abandonada por los españoles el 15

de marzo de 1604 a consecuencia de los recios ataques dados por los Indios (1).

Había en ella un monasterio perteneciente a la Orden mencionada, dedicado a Santa Isabel, i las monjas que lo ocupaban tuvieron que dejarlo i se retiraron a Castro, en Chiloé, desde donde se trasladaron a Santiago.

El reverendo padre franciscano Frai José Javier Guzmán refiere en su conocida obra *EL CHILENO INSTRUÍDO EN LA HISTORIA TOPOGRÁFICA, CIVIL I POLÍTICA DE SU PAÍS*, lo que copio a continuación:

«El origen de las monjas Claras, situadas en la Cañada, i conocidas con el nombre de Santa Clara la antigua, es derivado, según común sentir de todos los historiadores chilenos, de aquellas relijiosas que se estrajeron del monasterio de Santa Isabel, reina de Hungría, que había fundado en Osorno, cuando se perdió esta ciudad, las cuales después de su pérdida i despoblación, fueron pasadas a Chiloé por el coronel Francisco del Campo, i de allí conducidas a Santiago el año de 1606, en donde fundaron su convento en los sitios que poseían unos caballeros Palmas». (Tomo II, Lección 98, página 859).

Entre las monjas existentes en el claustro de la arruinada Osorno, se hallaba doña Gregoria (o doña Francisca) Ramírez, que ha servido de heroína a la leyenda de don Salvador Sanfuentes, titulada *HUENTEMAGU*.

Acerca de esta monja, dice el jesuíta Miguel de Oli-

(1) *Barros Arana*, *HISTORIA JENERAL DE CHILE*, Tomo II, página 171 i Tomo III, página 425.

vares, en el capítulo VIII, libro V, página 318 de su HISTORIA MILITAR, CIVIL I SAGRADA DE LO ACAECIDO EN LA CONQUISTA I PACIFICACIÓN DEL REINO DE CHILE:

«Años después que pasó sor Francisca a ser co-fundadora del monasterio de Claras de la ciudad de Santiago, fué tan constante el casto afecto que cobró el indio a la relijiosa i estimación de su virtud, que la siguió por más de 150 leguas sirviéndola como fidelísimo criado.»

Vése por los trozos trascritos, que Guzmán i Olivares no escrupulizan escribir *monjas claras*, si bien es cierto que el primero de estos autores emplea la dicción *clarisas* en el resto de su libro.

Los chilenos, por lo jeneral dicen *claras* en vez de *clarisas*.

Para demostrarlo me bastará recordar que se denomina *calle de las Claras* aquella donde se levantó el Monasterio, que hoi ha sido reemplazado por el Palacio de la Biblioteca Nacional.

En España no faltan quienes den el nombre de *claras* a las monjas de que se trata, según he tenido oportunidad de oírle a mi apreciado i distinguido amigo el reverendo padre jesuíta Pedro Carcavilla, que me ha referido la siguiente anécdota:

«Hallábanse un día tomando chocolate, en el recibimiento de las monjas claras de un convento de España dos sacerdotes.

«Diéronles, contra la costumbre, un chocolate algo claro, i uno de los visitantes, interrumpiendo la conversación, dijo a la priora: Madre, esto está mui claro, aludiendo al chocolate. No entendió la priora la alusión, i creyendo se refería el padre a la plática entabla-

da, dijo: Cierto, i ¿quién no entiende una cosa tan obvia?

Comprendió el sacerdote el error de la monja, i dejándose de rodeos le dijo:

«Madres Claras, claro está
que es un grande disparate
darnos claro el chocolate
sin decirnos: ¡Agua va!»

Doña Emilia Pardo Bazán en sus CUENTOS DE AMOR, artículo SOR APARICIÓN, dice indistintamente *claras* i *clarisas*, como puede verse en los ejemplos que copio en seguida:

«En el convento de las *Clarisas* de S., al través de la doble reja baja, ví a una monja postrada, adorando. . . .»

«Apenas nombré el convento de las *claras* e indiqué la especial impresión que me causaba el mirar de la monja, mi guía exclamó: ¡Ah Sor Aparición!» (Páginas 153 i 154).

Esto no importa sostener que se vuelvan las espaldas al DICCIONARIO para menospreciar su enseñanza, que es seguida por la mayoría de los autores.

Así, don Leopoldo Alas, en el tomo I de su novela LA REJENTA, dice:

«... habían sido educadas en el convento que había escogido don Fermín; i las dos primeras habían profesado, una en las Salesas i otra en las *Clarisas*». (Página 364).

Don Benito Pérez Galdós, en su novela intitulada ZUMALACARREGUI, escribe:

«No se convenció el capellán i se obstinaba en que

eran religiosas dominicas, a lo que respondió el acólito que en el pueblo había benitas, *clarisas* i recoletas». (Pájina 235).

Sólo me resta en este punto inquirir qué relación existe entre *Clara* i *Clarisa* tomando esta última palabra en otra acepción de bastante uso entre nosotros.

¿*Clara* i *Clarisa* designan personas diversas o se aplican a una misma?

Me inclino a esto último, pues pienso que *Clarisa* es diminutivo de Clara como Carmela lo es de *Carmen*.

El distinguido hablista don Antonio Alcalá Galiano, escribe indistintamente *Clara* o *Clarisa* Harlowe para designar la célebre obra de Richardson.

Tomo al acaso la primera frase que se me presenta en un estudio que Alcalá Galiano, compuso sobre la novela:

«*Clara* Harlowe, o según es común decir la *Clarisa* es la obra maestra de su autor, (AMÉRICA, tomo VI, N.º 15, página 7).

En la misma forma continúa en el curso de este trabajo escribiendo unas veces *Clara* i otras *Clarisa*.

En su HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, FRANCESA, INGLESA E ITALIANA EN EL SIGLO XVIII, impresa en Madrid, 1845, se lee a la página 178:

«Voi hablando, señores, de Richardson, autor de la PAMELA, de la CLARISA o CLARA HARLOWE, su obra maestra.»

Aunque el nombre propio *Clara* se traduce en inglés *Clare*, como puede verse en el Diccionario de Velásquez de la Cadena, el título de la novela de Samuel Richardson es *Clarisse Harlowe*.

De aquí proviene seguramente que el traductor de la obra ORIJEN, PROGRESOS I ESTADO ACTUAL DE

TODA LA LITERATURA, escrita por el abate Juan Andrés, al hablar en el tomo IV, páginas 505 i siguientes del novelista Richardson, escribe siempre *Clarice* para designar a la heroína de la novela de que trato.

No es aventurado suponer que de esta misma fuente se haya orijinado el nombre propio *Clarisa* que se usa con frecuencia entre nosotros.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI REYES.

(Continuará)
